

Ricardo Donoso

## Una amistad de eruditos: Ticknor y Gayangos

**T**HE Spanic Society of America, que realiza tan provechosa acción de difusión de las letras peninsulares, ha dado recientemente a la estampa, en un primoroso volumen, la correspondencia que sostuvo, a lo largo de su laboriosa existencia, el autor de la *Historia de la literatura española*, con el erudito polígrafo peninsular don Pascual de Gayangos. Fué la de George Ticknor paradigma de noble y fecunda vida, y su obra, la razón de ser y el fruto de toda su existencia. La cooperación que para realizarla le prestó el notable orientalista español era más o menos conocida, hasta el punto de que Fitzmaurice-Kelly llegó a decir que sin la ayuda de Gayangos el catedrático bostonés no habría podido llevar a cabo su *Historia*; pero ha sido necesaria la publicación de las cartas del norteamericano para apreciar con acierto cuán interesante fué la parte que cupo a Gayangos en la labor de su eruditísimo amigo.

Sincera, larga y leal amistad unió estrechamente a ambos escritores. La comunidad de aficiones, la similitud de sus estudios, la idéntica orientación de sus espíritus—la especialización erudita—dió a sus vinculaciones un vigor que sólo la muerte pudo quebrantar. Tuvieron los libros para ambos esa secreta seducción que ha determinado la formación de todos los eruditos. «Estaba presente el que escribe estos renglones, recordaba

Gayangos en su mocedad, mozo a la sazón de pocos años, pero aficionado ya a frecuentar la sociedad de gente provecta, para quien la vista de un librejo gótico, rancio, semiroto y envuelto en sus primitivas túnicas de ovejuno pergamino, ofrecía mayor atractivo que la de una hermosa y bien ataviada doncella.

Era Ticknor dieciocho años mayor que Gayangos. Fué durante el segundo viaje que el primero hizo a Europa que trabó conocimiento con el joven investigador peninsular, que había obtenido una ocupación en el Museo Británico. Ocurría esto en Junio de 1838: Gayangos no había cumplido los treinta años y ya tenía un nombre prestigioso en los centros científicos de estudios orientales. El encuentro se verificó en Londres, en casa de Lord Holland: «Me senté a la mesa, escribe Ticknor, entre Gayangos y Head (Sir Francis Head), porque yo necesitaba conocer a los dos. El español, de unos treinta y dos años, hablaba el inglés casi como su lengua nativa, me fué sumamente simpático y me pareció competentísimo en lo tocante a lo español y a lo arábigo, y muy bien dispuesto con toda su benevolencia hacia la obra *Fernando e Isabel*.

Veamos, rápidamente, cual había sido la trayectoria de la vida del que habría de llegar a ser, junto con Menéndez y Pelayo, el más notable historiador y erudito de la España del siglo XIX. Nació don Pascual de Gayangos en Sevilla, el 21 de Junio de 1809. Hizo sus primeros estudios en Madrid, y los continuó en el colegio de Pont-le-Voy, donde perfeccionó sus conocimientos de latín y aprendió el francés y el griego. Su afición al estudio de las lenguas orientales se despertó hacia 1828, época en la que estuvo empleado en el Ministerio de Estado de Francia. Por esos mismos días contrajo matrimonio con la dama inglesa Francisca Rebell, y regresó a su patria, entregándose con ardor al estudio del árabe en el Colegio Imperial a cargo de los jesuitas. Desde 1830 se radicó en Madrid, donde luego obtuvo una colocación en la sección de interpretación de lenguas del Ministerio de Estado. En esta situación se hallaba cuando fué nombrado para hacer la traducción y extractar los manuscritos árabes de la Biblioteca Real. Un año entero pasó

consagrado a dicha tarea, perfeccionándose en la lectura de los códices antiguos y reuniendo materiales y documentos para la historia y la geografía de España. Por esta época se le confió igualmente la misión de arreglar los manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional y de la Biblioteca del Escorial. En 1835 pasó a París y Londres a perfeccionar sus estudios de lenguas orientales, y dos años después dictaba una cátedra de árabe en el Ateneo madrileño. A fines de Agosto de ese año partió para Londres, donde habrían de transcurrir tal vez los mejores y más laboriosos años de su dilatada vida, y donde habría de anudarse su amistad con el futuro historiador de la literatura peninsular.

El interés de Ticknor por las cosas hispánicas nació en su primer viaje a Europa, época en la que se despertó su curiosidad por la literatura peninsular. De esa fecha procede igualmente la formación de su biblioteca de literatura española, una de las más notables que existen en el mundo, hoy conservada en la Biblioteca Pública de Boston. Poco después de su encuentro con Gayangos en Londres, y habiendo recorrido la mayor parte del continente, Ticknor regresó a Boston. Desde entonces y por espacio de seis lustros, todo el interés y la consagración del hombre de letras norteamericano estuvo dedicado a la preparación de su *Historia de la literatura española*, de lo que su correspondencia con el erudito peninsular es la mejor prueba. El intercambio epistolar se inicia en 1839, y diez años después veía la luz pública la obra del historiador yankee. ¿De qué habrían de ocuparse estos incorregibles bibliógrafos sino de libros y literatura, en su copiosa correspondencia? Las cartas de Ticknor están llenas de prolijas noticias sobre libros y autores, de referencias a rancias ediciones e impresos raros, y a través de ellas se ve cuán apasionada era su dedicación a la investigación literaria. Gayangos, por su parte, era el bibliógrafo consumado, el erudito que nada ignoraba en lo relativo a las letras de su patria, el agente irremplazable en las adquisiciones y búsquedas, que su amigo del otro lado del Atlántico necesitaba realizar para proseguir su labor. Las indicaciones de Ticknor

son precisas, prolijas, minuciosas, con relación a libros, autores, ediciones, fechas; Gayangos, a su vez, es el más diligente y acucioso auxiliar: le envía libros, catálogos, manuscritos; recorre las bibliotecas y librerías, está al tanto de las oportunidades y no deja escapar noticia sin ponerla en conocimiento de su entrañable amigo. Es sensible, como la editora de este epistolario lo advierte, que las cartas de Gayangos a Ticknor no se hayan conservado, lo que habría permitido señalar con exactitud la parte de cooperación que le cupo en la obra de su amigo, y puntualizar las proporciones de su influencia. La lectura de las cartas que ahora han visto la luz pública, advierte la editora Clara Louisa Penney, hace pensar que la ayuda recibida por el historiador norteamericano de parte del erudito sevillano, para la primera edición de su obra, no fué tan considerable como se ha pensado. Reconoce, sí, que Gayangos era el conocedor más profundo del material bibliográfico y de la historia literaria de España; que proporcionó a Ticknor generosamente todas las noticias que poseía, y que actuó con extraordinaria discreción en la elección y hallazgo de libros raros de no escaso valor literario. Aún más: la verdadera cooperación de Gayangos, su gran contribución de importancia a la obra de su amigo norteamericano, fueron las notas y adiciones que agregó a la traducción española de la *Historia*. Para la segunda y tercera edición de ésta también recibió indicaciones de su amigo peninsular, pero el trabajo original, en su forma inicial, fué exclusivamente de Ticknor.

La obra de Ticknor tuvo, desde el primer momento, la más amplia acogida: en 1852 se daba a la estampa una traducción alemana; de 1851 a 1856 aparecía la versión española, y en 1864 la traducción francesa de J. G. Magnabal. La publicación de la obra de su vida, no fué para Ticknor sino un nuevo vínculo más que lo unió con don Pascual de Gayangos. A mediados de 1856 realizó el hombre de letras norteamericano un nuevo viaje a Europa, determinado por la precaria salud de su esposa, y a través de todos los países que recorrió lo acompañó el recuerdo de la amistad de su entrañable colega, su incurable afición bibliográfica y su apasionado amor a las letras. El 28 de Enero de

1859 fallecía repentinamente William Prescott, uno de los más íntimos amigos de Ticknor, a quien igualmente había prestado el historiador peninsular su cooperación desinteresada de historiador y de bibliógrafo: fué éste un rudo golpe para ambos hombres de letras, pues les arrebatava uno de los más entusiastas cultores del género literario a que con tanto ardor se consagraban. No descuidó por esto Ticknor sus trabajos, y mientras componía una prolija biografía de su lamentado amigo, preparaba una nueva edición de su *Historia*. Las luchas internas de su patria, la repercusión de los acontecimientos políticos en todos los órdenes de la actividad nacional, hacen desde esta época menos nutrida la correspondencia de Ticknor con el erudito español, aún cuando aquél sigue con constante y permanente interés el desarrollo de la vida y labores literarias de la península.

En 1864 apareció la biografía de Prescott y la tercera edición de su *Historia*: este fué su último trabajo; desde esos días su correspondencia se hizo menos copiosa, y el diligente hombre de letras distraía sus horas revisando su obra, leyendo o visitando a sus amigos. Poco a poco se hizo menos activo, aguardando con tranquilidad y paz, como dice la editora de sus cartas, el ocaso de una vida bien y conscientemente vivida. El 26 de Enero de 1871 rendía su animoso espíritu a la eternidad. Gayangos le sobrevivió un cuarto de siglo más, y tuvo una ancianidad laboriosa y fecunda.

Recordemos, finalmente, que dos de nuestros compatriotas sintieron la atracción de estos hombres de letras. Cuando en 1853 Vicuña Mackenna, mozalbete entonces de veintidós años, tuvo el honor de conocer y tratar al eminente William Prescott, allá en su residencia de Boston, sintió la curiosidad de estrechar la mano del historiador de la literatura peninsular. «Yo habría deseado mucho conocer a Jorge Ticknor, apuntaba en las *Páginas de mi diario durante tres años de viajes*, el gran crítico de la literatura española, y sin una indisposición repentina mía, habría tenido ese gusto en casa de Mr. Prescott». Por su parte, don Diego Barros Arana, cuando recorrió prolijamente las bibliotecas y los archivos españoles en busca de materiales para

la historia de Chile, en 1859, tuvo ocasión de anudar la más provechosa y perdurable amistad con el historiador peninsular, a quien ha recordado con palabras de afectuosa gratitud. Anotaba el historiador de nuestro país que en sus pesquisas bibliográficas encontró el apoyo de algunos hombres de ventajosa situación literaria y social, y agregaba: «Debo contar en primer rango entre ellos a don Pascual de Gayangos, bibliógrafo consumado, el primer erudito de España en tales materias, miembro correspondiente del Instituto de Francia, y conocedor a fondo de bibliotecas y archivos, que me auxilió con su experiencia en mis trabajos de investigación, y que me prestó los más discretos y generosos servicios para facilitarme el conocimiento de libros y manuscritos que no se hallaban al alcance del público». La orientación de sus estudios y el carácter de sus obras, además de los vínculos de amistad que los unieron, reúne en un mismo recuerdo esos cuatro nombres inolvidables: Ticknor, Gayangos, Vicuña Mackenna, Barros Arana.